

“Las inquietudes sociales que confluyen en cada época hacen que el arte siga avanzando. Es algo que se construye de forma social y grupal. Los creadores toman las ideas de su entorno”.



Juan Diego Botto

Declaraciones del actor argentino, recogidas por la agencia Europa Press

ÓSCAR CABALLERO
París
Servicio especial



Paupardin es menos conocido que Mona Lisa. Hoy. Un siglo atrás fue famoso: el 21 de agosto de 1911, a las 7.10 h de la mañana, no estaba en su puesto de vigilancia, en el Salon Carré del Louvre, cuando el carpintero italiano Vincenzo Peruggia se llevó *La Gioconda*. El cuadro mítico de Leonardo da Vinci estuvo ausente dos años y 111 días. El domingo 4 de enero de 1914, París se volcó para recibir la obra restituida, hasta entonces más célebre que admirada. La historia, nunca bien esclarecida, sigue dando que hablar.

El martes 22 de agosto de 1911, el pintor Louis Béraud, copista, señala el espacio vacío. Un rectángulo de muro rojo. Y los cuatro pernos que mantenían el cuadro. Paupardin quita hierro: “La estarán retratando”, sugiere. Sorpresa: el Louvre permitía que Adolphe Braun & Cía tuviera estudio en el propio museo y desplazara obras a su antojo.

Béraud se impacienta. Estupor general: nadie sabe dónde está el cuadro. Al filo del mediodía hallan el cofre de vidrio que lo protegía. ¡Ay! Es una pista, pero la policía la ignora: fue instalado por la empresa Gobier. Precisamente, por su empleado, Peruggia, “nacido en Dumenza, el 8 de octubre de 1881. Talla: 1,61 m. Ojos marrón claro. Cabello castaño oscuro”, según la ficha policial, en la que aparecían incluso sus huellas digitales. Nadie las comparó.

A las tres de la tarde de aquel martes, el Louvre cierra sus puertas. Adentro, el inspector Louis Lepine, con 60 policías, busca en vano. Y mal: van en pos de una tela, ignorantes de que la dama fue pintada sobre madera. Sólo encuentran el valioso marco, donado en 1906 por la condesa de Béarn.

Lepine está perdido: el 7 de septiembre detendrá incluso a Picasso y Apollinaire, esos bohemios implicados poco antes en el escamoteo de una obra de arte primitivo. Entre tanto, Mona Lisa, envuelta en un trapo rojo, duerme en la humilde habitación de Peruggia, en ese distrito 10 hoy de moda, junto al canal Saint Martin, en aquel 1911 barrio de obreros, en su mayor parte inmi-

‘La Gioconda’ estuvo ausente del museo dos años y 111 días y los motivos del robo no se han esclarecido

grantes italianos, víctimas de la xenofobia habitual.

El dato explicaría la defensa posterior de Peruggia –“quería devolver el cuadro a Italia”, aseguró su abogado– y la magnanimidad de la justicia de su país: sólo año y medio de cárcel.

Mona Lisa y Peruggia compartieron habitación hasta que el car-



PAUL THOMPSON / GETTY IMAGES / ARCHIVO

Funcionarios se reúnen alrededor de la Mona Lisa recién recuperada del robo que sufrió en 1911

Mona Lisa, el robo del siglo

Hoy hace cien años, un carpintero italiano sustrajo del Louvre el famoso cuadro pintado por Leonardo da Vinci



El ladrón. A la izquierda, Vincenzo Peruggia en la sala del tribunal en Florencia en junio de 1914, que lo condenó a año y medio de cárcel,

aunque con el estallido de la Primera Guerra Mundial sólo cumple la mitad de la pena. A la derecha, el registro con sus antecedentes penales

pintero leyó, en un diario italiano, el ambiguo anuncio de un anticuario de Florencia: “Compro todo tipo de obras de arte”.

El 29 de noviembre de 1913, ese anticuario, Alberto Geri, ex representante de Eleonora Duse, recibe carta de París: “Tengo *La Gioconda* y quiero devolverla a Italia”, escribe un tal Vincenzo Leonard. Pone dos condiciones a su devolución: medio millón de libras y “la promesa de que nunca volverá al Louvre”.

El 10 de diciembre, en el hotel Tripoli e Italia de Florencia, Pe-

Entre los primeros sospechosos la policía detuvo a Picasso y Apollinaire, entonces bohemios

ruggia le enseña la tabla desaparecida y, también, su conmovedora ingenuidad. Porque acepta que Geri se lleve la obra para peritarla. Pero no pretende comprarla: en cuanto Giovanni Poggi, de la Galería dei Uffizi, le muestra el sello del Louvre en el reverso de la tabla, vuelve con la policía.

¿Y Peruggia? gracias al estallido de la Primera Guerra Mundial, sólo cumplió la mitad de su condena. En los setenta, un documental de Renato Castellani le da por muerto en 1947. Pero Jérôme Coignard, de la revista *Connaissance des Arts* habló con su hija, Celeste, y rectifica: murió en 1925. Coignard, reconstruyó la historia en 1998. Su libro, *Loin du Louvre* (lejos del Louvre), tras doce años de investigación, tuvo continuidad el año pasado con *Une femme disparaît* (una mujer desaparece). Y habrá tercera parte: el autor seguirá la pista de Otto Rosenberg, estafador alemán que habría instigado el robo.

Pero en 1981, en la prestigiosa *Arts News*, el historiador americano R. Shepard sugería otro inspirador: Eduardo Valfierno, argentino, falso marqués, comanditario del robo como luz de gas. En efecto, a Valfierno no le interesaba el cuadro, sino el escándalo provocado por su desaparición. Así logró embaucar a seis coleccionistas, un brasileño y cinco americanos, con otras tantas –y magníficas– copias ejecutadas por su socio, el pintor marsellés Yves Chaudron.

Con maderas capaces de resistir el peritaje de un experto, pigmentos similares a los que se usaban en el Renacimiento y 14 meses de trabajo, Chaudron habría realizado los *fakes*. Luego, Valfierno convenció a Peruggia y, ya con el mundo del arte conmovido por el robo, los colocó sin problemas. Quien lo denunciara se acusaría: cómplice de robo y trasquilado. Coignard objeta que en sus pacientes búsquedas jamás se cruzó con la figura del falso marqués. ¿Qué importa? El periodista y escritor Martín Caparrós ganó en el 2004 el Planeta Argentina con su novela *El enigma Valfierno*, donde anticipa: “Esta obra se basa en un hecho real. Como casi todas”.